



EL PACTO DE LA PEÑA
DE MARTOS

María José Ortega de Toro

EL PACTO DE LA PEÑA
DE MARTOS



Primera edición: abril de 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© María José Ortega de Toro

ISBN: 978-84-18663-46-8

ISBN digital: 978-84-18663-47-5

Depósito legal: M-8666-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A José Luis, Manu, Luis y Pepa

AÑO 1214

El grupo de calatravos había llegado a las faldas del cerro y se detuvieron admirados ante la visión que, ahora sí, aparecía claramente ante ellos. Lo que unas leguas antes solo era una imagen difusa se presentaba en ese momento con sus formas exactas: en la cima del montículo se levantaban las paredes de lo que sería el futuro castillo de Calatrava la Nueva. Habían llegado a su destino. En las caras de cansancio ahora se adivinaba un halo de satisfacción.

El acceso hacia la cima era difícil por el pedregal que había que superar, pero la elección del lugar había sido perfecta: desde allí se podría controlar uno de los pasos naturales hacia Sierra Morena, donde había quedado establecida la frontera con el reino musulmán. Las murallas del mismo ya se diferenciaban y las dimensiones iban a ser considerables. Se estaba construyendo la nueva sede para la Orden de Calatrava, que sustituiría a la que se había venido utilizando hasta entonces en la ciudad de Calatrava, que por ese motivo empezó a conocerse como *la Vieja*. La Orden de Calatrava, propietaria del mismo, estaba empleando en su construcción a los prisioneros capturados tras la batalla de las Navas de Tolosa y los trabajos parecían ir por buen camino.

Llegaban exhaustos. El viaje había comenzado un mes antes cuando salieron de León para dirigirse hacia la ciudad de Alcántara. La nueva plaza, conquistada a los musulmanes en 1213, había sido entregada a la Orden de Calatrava para su organización, pero la distancia con otros dominios calatravos, dificultando la necesaria comunicación para llevar a cabo su gobierno, había hecho que comenzara a idearse la posibilidad de ceder la regulación de Alcántara a la Orden de San Julián de Pereiro, que contaba con más facilidades para gestionarla.

Alvar Pérez de Castro, *el Castellano*, hombre de confianza del rey Alfonso de León, encabezaba la misión y, para dejar aclarada de una manera más firme la cesión a la Orden de San Julián, había decidido desviar su viaje y adentrarse en tierras castellanas para visitar la localidad de Calatrava la Nueva e informar de los avances en la nueva sede que allí se construía. Alvar quería comprobar por él mismo cómo se había realizado el proceso de cesión en Calatrava para poder hacer lo mismo en Alcántara.

Cuando alcanzaron la cima, fueron conducidos inmediatamente hacia la tienda del clavero mayor, encargado de dirigir los trabajos de la construcción y de la guarda y protección de la fortaleza. Al entrar se encontraron con este y con el obrero mayor que estudiaban unos planos sobre una gran mesa central. Él parecía muy interesado en lo que veía, pues movía su cabeza a la diestra y siniestra, cambiando la posición de sus manos sobre ellos. No lo sabían, pero el ingeniero imaginaba las diferentes opciones que podrían adaptarse a la edificación que estaba haciendo. Parecía minucioso y curtido en construcciones de las que disfrutaba en cada momento de su desarrollo. El obrero atendía y parecía esperar sus órdenes, pero ambos interrumpieron sus pensamientos cuando vieron que la entrada a la tienda se abría. El clavero dejó grabados sus proyectos en su mente y alzó la mirada fijándose en el primer caballero que abría la comitiva.

—*Pax vobiscum...* —saludó Alvar con esa antigua forma latina que le gustaba emplear para después continuar con la lengua castellana derivada del latín que se iba imponiendo en la península. Se dirigió hacia la mesa desde donde no dejaban de mirarle—. Soy Alvar Pérez de Castro...

—El Castellano... —dijo sonriendo al reconocerle. Su escapulario, blanco e impecable a pesar de las incomodidades del largo viaje, resaltando la cruz latina negra con las características terminaciones de sus puntas en flores de lis grabada en su pecho, le dotaba de esa especial identidad que el clavero había adivinado. Alvar hizo una mueca sonriendo. Sabía que le había alegrado con su presencia. Era consciente de que estaba muy bien considerado no solo por el rey Alfonso de León, sino por todos los hombres que le habían acompañado en distintas campañas y notaba su cariño allá por donde iba.

Había sido su padre el que había ingresado en la Orden de Calatrava unos años antes y él había quedado unido a ella, como familiar, viviendo las intrigas militares desde que era pequeño. Su fama como estratega y negociador le habían ido granjeando la amistad con el rey Alfonso, el cual lo consideraba su hombre de confianza. Gracias a su labor y a la que habían ido desarrollando otros freires, la orden había ido consiguiendo un gran poder militar y político disponiendo de numerosos castillos y sus correspondientes territorios por los reinos de la península.

—Hemos quedado admirados del avance de tus construcciones... Es sorprendente... —comentó respondiendo a la sonrisa del clavero.

—Sí... Estamos muy satisfechos. La orden me dio libertad de construcción siempre que la seguridad y la defensa estuvieran garantizadas. Ha sido complicado pero... vamos viendo los resultados.

—Enhorabuena... No me esperaba que estuviera así... Me alegra saber que la orden tendrá un castillo tan imponente como sede de la misma. Una orden militar como la nuestra merece una gran fortificación —afirmó—. El abad Raimundo de Fitero se sentiría orgulloso de tu trabajo.

—Gracias.

Tiempo atrás, la Orden del Temple, fundada por varios monjes franceses y dedicada a la protección de los peregrinos que viajaban a Jerusalem, era la encargada de la guarda de Calatrava. Sin embargo, el imparable avance musulmán por la península y su imposibilidad para defenderla hicieron que la plaza fuera devuelta al rey Sancho III, que se la había entregado unos años antes. Para evitar su abandono, el monarca de Castilla decidió encomendársela a aquel que pudiera procurar su defensa. La dificultad de la misión, casi suicida, provocó que no se presentaran candidatos. Fue el abad del monasterio cisterciense de Fitero, en el reino de Navarra, el que se ofreció para ello. Su opción fue tomada entre bromas: se trataba de una pobre figura sin conocimientos militares ni fuerza para llevar a cabo ese cometido, sin embargo, y a pesar de su aparente fragilidad, utilizando un discurso en el que remarcaba el orgullo propio, el concepto de patria y la necesidad de defenderse ante el brutal ataque que estaba sufriendo por parte de los musulmanes, en poco tiempo logró formar un gran ejército de monjes y soldados que querían proteger la cristiandad frente a la ofensiva musulmana. De esta manera se forjaron los cimientos de la Orden de Calatrava, una de las primeras órdenes militares oriundas de la península ibérica.

Desde la invasión de la península ibérica en el siglo VIII, al-Ándalus, como denominaron al territorio allí dominado, pasó a ser un emirato dependiente de Damasco. Tras conseguir su independencia, el entonces llamado califato de Córdoba, durante el que se produjo el mayor esplendor musulmán en la península, fue desintegrándose en diferentes reinos, los reinos de taifas, un conjunto de pequeños estados autónomos dirigidos por caudillos locales que intentaban imitar y reubicar en el mundo el califato extinguido construyendo palacios, nombrando visires, atrayendo poetas y artistas..., pero sus regidores no lograron mantener ese esplendor que tuvo antaño. Intrigas, desencuentros, codicia... esos momentos de debilidad y división estaban siendo aprovechados por los cristianos y habiendo comenzado con los núcleos de resistencia que aguantaron el envite musulmán en la cordillera Cantábrica se había empezado a llevar cabo desde allí la reconquista de la península. La batalla de Covadonga dirigida por el noble Pelayo, que fue considerado el primer monarca asturiano, representó el comienzo de la recuperación cristiana y desde entonces no habían cesado de aumentar los territorios conquistados a los árabes. El impulso cristia-

no llevaba a cabo la reconquista de todo lo perdido en base a su fe en Dios y en el deseo de mantener viva la llama patriótica de su origen. Los reinos de taifas se vieron obligados a solicitar ayuda a pueblos norteafricanos, pero la llegada de los almorávides primero y ya en el siglo XII de los almohades no consiguió reducir la presión cristiana sobre la política musulmana y el avance era constante. La última gran batalla librada, la de las Navas de Tolosa, había logrado abrir las puertas a los cristianos de Sierra Morena y del valle del Guadalquivir. Así, a comienzos del siglo XIII, el mapa de la península se dividía entre los reinos cristianos de León, Castilla, Portugal, Navarra y Aragón, situándose la frontera con al-Ándalus en la mitad sur de la península.

El obrero mayor abandonó la tienda prudentemente imaginando que los caballeros querrían hablar en privado. El clavero decidió volver al asunto que había traído hasta Calatrava a todos esos caballeros.

—Venimos de Alcántara —dijo Alvar—. Estamos pendientes de ceder esa plaza a la Orden de San Julián. Está muy alejada y, antes de perderla ante los musulmanes, creemos será preferible encomendarla a otra orden que esté en consonancia con la de Calatrava. Puede que se convierta en sede de esa orden, por lo que querríamos ver la elección de este emplazamiento para comprobar si se puede equiparar a Alcántara.

—Puedo acompañarles y explicarles el avance de nuestra obra...

El clavero y Alvar salieron de la tienda y el primero hizo de guía por todo el recinto. Subiendo hasta la parte más alta del cerro, se llegaba a una explanada donde se empezaban a diferenciar las distintas partes de la fortaleza. Desde allí arriba, el clavero le explicó que para su mejor defensa iban a aprovechar las terrazas que formaba el monte y así construirían cuatro murallas dividiendo a la población que iba a ocupar la fortaleza en cuatro zonas. Tras la primera muralla, la más cercana a los campos cultivables, establecerían a los campesinos de la orden; en la segunda, querían situar a los artesanos, construyendo molinos, hornos... y todas las estancias que sus oficios requirieran. Ambas zonas deberían abastecer a las que se situaban a partir de la tercera y cuarta muralla: el clero, con un gran convento, ya que tratándose de monjes-soldados, sus funciones, cuando no estaban batallando, consistirían fundamentalmente en la oración y recogimiento necesitando un espacio en el que hacerlo, y los caballeros y todo lo relativo a la caballería, herrerías, cuadras... que ocuparían el propio castillo y desde allí organizarían todo el entramado de la fortaleza y su población.

Alvar había quedado fascinado con todo lo que le explicaba: la grandiosidad de aquellas obras, el perfecto esbozo del diseño, los prisioneros musulmanes que trabajaban de forma ordenada colocando piedras..., pero sobre todo lo que

más maravilló a Alvar fue el lugar escogido para erigirlo: desde allí se divisaba perfectamente Sierra Morena y Calzada de Calatrava, el pueblo cercano que había sido elegido para servir a la fortaleza. Igualmente veía frente a ellos el castillo de Salvatierra, de forma que entre las dos fortalezas discurría una vía natural que hacía de puente entre Castilla y el valle del Guadalquivir. «El emplazamiento elegido ha sido fantástico», pensó Alvar.

Continuando la visita, pasaron por la zona donde descansaban los hombres de Alvar. Desde su llegada les habían provisto de comida y agua indicándoles los que serían sus lugares de descanso. Aprovechando su cercanía, Juan, su hombre de confianza, se dirigió hacia ellos. Era el mejor amigo de Alvar. Se habían conocido cuando Juan decidió ingresar en la orden y Alvar estaba actuando como su instructor y maestro. Estaba pasando por el periodo de noviciado durante el que debería demostrar su capacidad, su fuerza y su lealtad. Durante ese tiempo, sería vigilado y controladas sus acciones; debía hacer méritos y cumplir con las reglas que se le impusieran antes de hacer los votos de pobreza, obediencia y castidad para poder conseguir su deseo de ser freire calatravo. Como exigía su formación, ya había pasado por las etapas de peón y escudero; ahora era caballero, figura que la orden valoraba especialmente. Juan admiraba a Alvar porque, además de militar, era un hombre culto y formado que dominaba la lengua árabe, algo que él envidiaba. Quería ser como su maestro, su referente, y se esforzaba para ello. Durante todo el proceso de instrucción, Juan había ido desarrollando un espíritu militar fuerte junto a virtudes como la valentía e inteligencia, convirtiéndose así en el perfecto compañero de Alvar, aconsejándole y acompañándole desde entonces en todas las misiones a las que habían sido enviados. Siempre estaban juntos y su amistad había ido creciendo cada día.

—Alvar, necesitamos curar a José.

—Cierto... —y dirigiéndose al clavero le comentó—. Uno de mis hombres tiene una profunda herida. Cayó del caballo con la mala fortuna de que su pierna se deslizó por una piedra recortada haciendo que el filo tuviera el efecto de una daga sobre la carne.

—Llamaré a Abdul Hakîm.

Alvar se sorprendió al oír el nombre del médico, pero habiendo visto la cantidad de almohades que trabajaban en los muros de la fortificación y sabiendo de las habilidades que tenían los musulmanes para la medicina, no le dio mayor importancia. El clavero y Alvar continuaron su visita y poco después el médico llegó para atender al herido.

Esa noche les obsequiaron con una gran cena y con un lecho de paja para dormir sin que ninguno de ellos tuviera que hacer guardia. Todos cayeron bajo

un profundo y reconfortante sueño que les dio las fuerzas para poder continuar con el viaje de vuelta a León que les esperaba los próximos días.

Al amanecer, empezó la jornada en la fortaleza y el movimiento de obreros, carros, piedras... hizo que en poco tiempo todo comenzara como un día más allí.

Alvar y sus hombres arreglaban sus monturas. Iban a inspeccionar los alrededores del castillo para sacar nuevas ideas para Alcántara y José, el herido, intentó levantarse para colocar la silla de la forma menos incómoda para su herida. Sorprendentemente, notó la fuerza en su pierna herida y levantó la cataplasma que le había colocado el médico el día anterior. El corte había mejorado mucho, su dolor había disminuido considerablemente y la herida parecía haberse secado. Asombrado, enseñó la pierna a sus compañeros, que quedaron maravillados por la rápida curación.

—¡Por Santiago Apóstol! ¡Ha sido el moro! ¡Me ha devuelto la pierna!

Todos habían visto la pierna el día anterior y cómo estaba en ese momento. El cambio era evidente. Alguno de ellos incluso había llegado a pensar que sería imposible recuperarla y que quedaría maltrecho el resto de sus días. La satisfacción de José, incomparable.

En ese momento, el clavero se acercó al grupo tras haber dejado órdenes al obrero mayor y saludó a los leoneses.

—Estamos impactados con el buen hacer de tu médico —comentó Alvar.

—¿Abdul Hakím? Sí, es un experto en medicina. Aquí se dedica sobre todo a cortes y golpes provocados por las caídas... pero es un gran sabio de todas las ciencias...

Alvar en ese momento pensó en lo bien que les vendría una persona como él en las huestes del rey Alfonso. Sin pensarlo, dijo:

—Este médico debe acompañarnos.

El clavero y el resto de sus hombres le miraron asombrados ante lo que acababa de decir.

—¿Cómo? No puede ser —le reprochó el clavero, pero el Castellano permaneció serio dando a entender que hablaba de forma clara sin opción a duda.

—Alvar... —Juan no sabía cómo se le había podido ocurrir. Sabía que Alvar no decía las cosas al azar, pero exigir que el médico de Calatrava debiera ir con ellos le parecía una petición desmesurada.

—Necesitamos un médico como él para que nos acompañe en las próximas campañas que tenemos previsto emprender. Se avecinan nuevas empresas militares y la Orden de Calatrava va a estar presente cuando se la reclame. Debe acompañarnos... Sería perfecto —explicó el Castellano—. Como has dicho —dijo mirando al clavero—, aquí trata cortes y golpes debidos a las caídas en la

construcción... Lo necesitamos para tratar heridas de guerra, más graves que las que verá por aquí.

Todos permanecieron en silencio durante unos instantes mientras se miraban unos a otros. Fue el clavero el que se atrevió a comentar:

—El rey Alfonso empeñado en tomar lo perdido, ¿eh?

—Empeñado en recuperar lo que fue ocupado por los musulmanes... —puntualizó Alvar.

El rey Alfonso había accedido al trono de León con el firme propósito de recobrar para los cristianos las tierras que los musulmanes habían ido conquistando y aumentar así las fronteras de su reino. Su ambición no tenía límite y su vida oscilaba entre la organización de batallas y la repoblación de las tierras conquistadas atrayendo nuevos pobladores para conseguir su afianzamiento y llevar un mejor control de los nuevos territorios adquiridos.

—¿Continúan las disputas con su primo? —preguntó el clavero.

—Su enemistad con el monarca de Castilla es ya legendaria. A veces llegan a acuerdos, pero se suelen romper con facilidad —dijo algo sorprendido ante lo que consideraba una impertinencia por la pregunta formulada; de todas formas, decidió contestar educadamente sabiendo que los enfrentamientos entre ambos primos eran conocidos pasadas las fronteras leonesas y castellanas—. Desde que firmaron la tregua en la que acordaron el matrimonio del leonés con la hija del rey castellano, están más tranquilos. El rey de León se está dedicando a las tierras extremeñas y el de Castilla a la zona central de la península. Ahora tienen intereses diferentes...

El rey Alfonso de Castilla era primo del monarca de León. Ambos tenían el mismo empeño respecto a la conquista de territorios y al asentamiento cristiano en ellos, pero también tenían una serie de diferencias que hacían imposible que caminaran juntos en la misma dirección. En 1195 se enfrentó a los almohades en Alarcos sufriendo una estrepitosa derrota, dejando herido su amor propio y quebradas sus fuerzas militares. Poco tiempo después de esa batalla, decidió organizar una nueva y gran partida para volver a enfrentarse a los musulmanes y vengar el daño sufrido por Castilla. Esta vez no podía permitirse ningún fallo: un nuevo fracaso sería fatal para el reino cristiano no solo desde un punto de vista moral, sino también económicamente. Para ello contó con la ayuda del papa Inocencio que calificó como *cruzada* la campaña que se avecinaba ofreciendo beneficios espirituales a todos los que participaran en ella. Esta consideración animó al monarca a buscar la unión de todos los reinos cristianos de la península logrando no solo la ayuda de los reinos de Aragón, Navarra y Portugal, sino también la de las órdenes militares de Calatrava, Santiago, el

Temple y la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios. A ellos se unirían millares de voluntarios de toda la península que deseaban, además de la expulsión de los almohades de tierras cristianas, obtener el perdón de sus pecados. Alfonso de León condicionó la ayuda a su primo a cambio de la cesión de varias plazas que consideraba le pertenecían y que estaban en poder del rey castellano. Su negativa a entregarlas provocó que el leonés rechazara participar en la batalla. Las tropas cristianas y las musulmanas se enfrentaron el 16 de julio de 1212 en Navas de Tolosa, logrando una importante victoria que supuso el principio del fin de la hegemonía árabe en la península. A pesar del gran paso dado y de lo que supuso para la península esa victoria, los desencuentros entre los primos no disminuyeron, al contrario, continuaron a lo largo de sus reinados.

—Respecto a Abdul Hakím... Es cierto que es un sabio experto en medicina, pero ya no tiene las condiciones de antes. No duraría mucho en tus campañas —dijo el clavero continuando la conversación inicial respecto al médico.

—Lo necesitamos —repitió el Castellano rotundo.

—Ya no está bien... —dijo el clavero molesto por la imperatividad que utilizaba Alvar—. Los estragos de la guerra y la edad han provocado que su cuerpo no funcione como antes.

—Nos hace falta su mente —volvió a replicar. Alvar estaba empeñado en que ese médico debía viajar con ellos hacia León. No sabía qué especie de intuición le llevaba a exigir su saber junto a su tropa.

—Repito que es muy viejo. Empieza a perder vista y sus movimientos van siendo más lentos... Quizá os hayáis admirado de la rápida curación de la piedad de uno de tus hombres, pero no puede dar mucho más de sí... —y se quedó mirando desafiante para después aportar la solución que Alvar buscaba y que el clavero esperaba le tranquilizaría—. De todas formas, creo que puedo ofrecer algo mejor: Abdul se hizo cargo de su sobrino, Mukhtar, cuando este quedó huérfano a muy temprana edad, y le ha ido transmitiendo todo su conocimiento. Ahora está en lo alto de la empalizada trabajando, pero cada vez prescindimos más de él en la construcción para permitirle ayudar a su tío. Parece tener el mismo don para la medicina que él. Como digo, Abdul es muy viejo, dejémosle aquí, también lo necesitamos. Llévate a su sobrino... será un buen reemplazo.

Alvar miró algo fastidiado al clavero. Él quería a Abdul... no a su sobrino. Comprendiendo que no podía dejar desabastecida la fortificación sin un médico y atendiendo a la segunda opción que le ofrecía, decidió cerciorarse de que quedaría igual de satisfecho:

—¿Me aseguras que trabajará igual que su tío?

—Mejor. Es más joven y tiene más fuerza. Creo que Abdul delega muchas veces en él, bastantes..., y por aquí ya se tienen también muy en cuenta sus opiniones.

Alvar pensó en la posibilidad de tener a un anciano en las futuras campañas militares y sacó su conclusión: por muy buena aptitud que tuviera, la edad siempre acaba mostrando sus señas y no debían mantener a un anciano que en poco tiempo dejaría de ser útil. Iba a estar sometido a condiciones muy fuertes: batallas, enfrentamientos... situaciones muy diferentes a las que veía diariamente en la construcción. Decidió conformarse con el sobrino de ese médico. Siendo más joven, podrían domarle hacia sus normas, pulirle en sus formas y exigirle un cumplimiento eficaz y completo. Sus propios pensamientos le convencieron de la conveniencia de llevarse al sobrino con ellos.

—Está bien. El rey quiere iniciar cuanto antes nuevas incursiones. En muchas ocasiones durante las batallas se producen bajas que acaban siendo definitivas porque no tenemos un buen médico que pueda sanarlas. Heridas leves se acaban convirtiendo en graves por no haber atajado a tiempo su curación...; son guerreros irremplazables que sucumben por falta de ayuda. La herida de José... no pensé que pudiera curarse... He visto muchas heridas como esa que no han sanado. Si el sobrino va a trabajar igual que su tío, me lo llevaré a él.

—Mukhtar lo hará bien. Lleva la medicina en la sangre como Abdul.

—¿Tiene buen carácter?

—Es musulmán... no lo olvides... pero trabaja bien.

Alvar quedó satisfecho con las explicaciones y aceptó conocer al sobrino del médico.

El Castellano y el clavero volvieron a la tienda y este hizo llamar a Abdul y a Mukhtar, que se presentaron poco tiempo después. El primero en llegar fue Abdul que, al abrir la piel que cubría la entrada, vio a Alvar. El médico llevaba la túnica y el turbante característico almohade, escondiendo un cuerpo delgado y pequeño. Su tez salpicada de arrugas, que recorrían un rostro delgado y enjuto, marcaban unos pómulos salientes haciendo que su apariencia se acercara más a un cadáver que a una persona viva. Alvar creyó sentir un escalofrío cuando escuchó su voz. Fue ante una pregunta suya cuando una voz extremadamente grave sorprendió al calatravo:

—Vine a al-Ándalus hace unos años. Nací en Tinmel, pertenezco a una tribu bereber y, al igual que mi padre y... que el padre de mi padre, he sido educado en las enseñanzas de la medicina y otras ciencias. Conozco los secretos de las plantas como sé que no hay más dios que Alá y Mahoma es su profeta —Alvar hizo un pequeño gesto imperceptible con la boca al oír la *shabada* o profesión

de fe musulmana. Se extrañó que Abdul, siendo un prisionero, no solo no hubiera dejado de practicar su religión, sino que además la hubiera hecho pública ante él sin temor alguno—. Mi pueblo sucedió a los almorávides, los primeros en llegar a la península, porque con la apertura religiosa que estaban llevando a cabo, estaban desvirtuando la propia visión de Alá y no podíamos consentirlo. Nuestra fe exige un conocimiento, un comportamiento que no debe desvirtuarse. Sus acciones no eran de buenos musulmanes. Eran impuros... —de nuevo Alvar se sorprendió ante la seguridad y confianza del moro al explicar lo que pensaba de sus antecesores y de cómo consideraba que su pueblo sería el que corregiría la supuesta tibieza de la fe de los almorávides. Él no veía diferencias entre unos y otros y menos aún en las cuestiones de la fe del islam—. Caí prisionero en las Navas de Tolosa, donde fui más médico que guerrero, y desde entonces estoy aquí.

Ambos se quedaron mirando fijamente. Desde luego el médico era una persona templada con un convencimiento y un orgullo racial inapropiado para las circunstancias en las que se encontraba; esto inquietaba a Alvar, que no estaba acostumbrado a sentirse así ante un moro.

—Mi nombre es Alvar Pérez de Castro y sirvo al rey Alfonso de León —dijo intentando ser amable. Abdul inclinó su cabeza ante la presentación y continuó hablando:

—Cumpló mi trabajo. Mis ascendientes me dejaron claro que debía estudiar para fortalecer mi fe, algo que llegaría a través de la ciencia y el saber pues, a través de ellas, llegamos a Alá. Solo trabajo y estudio...; la sabiduría es el principio de todo, la base para conseguir todo... ¡también es el fin de todo! Y ahí es donde está mi destino —tras estas palabras, ahora sí, Alvar estuvo seguro de sentir un escalofrío que recorrió su espalda. No había entendido bien qué había querido decir, pero le inquietó la firmeza de sus palabras.

Mukhtar entró poco después en la tienda buscando una explicación a su llamada. Sonrió a su tío y miró fijamente a Alvar. «Tiene la misma mirada penetrante de su tío», pensó el Castellano cuando lo vio, pero dejando apartados estos pensamientos, también intentó ser amable con él.

—Me dicen que, al igual que tu tío, eres un gran médico...

—Mi tío Abdul me enseñó todo lo que sé... —al no atreverse a confirmar esa afirmación del calatravo se limitó a hablar del origen de su conocimientos.

—Dicen que vuestra sabiduría es grande...

—Nuestro deber es estudiar y buscar la sabiduría. Nunca dejaremos de hacerlo, sea cual sea nuestra situación —Abdul Hakím había contestado por Mukhtar, algo que molestó al Castellano. Parecía que hubiera impuesto una

condición a los posibles cambios que iban a afectar a sus vidas, de hecho parecía querer o intentar dirigir la vida de su sobrino; había hablado como si impusiera una estipulación en un pacto. Alvar volvió a mirar a Mukhtar y este, tras la seguridad con la que había hablado su tío, parecía que se sentía más seguro. Finalmente dijo:

—Necesito un médico para las campañas que quiere emprender el rey de León...

Los musulmanes seguían contemplándole sin decir nada.

—Mukhtar..., nos acompañarás en esas empresas. Partiremos hacia el reino de León en unos días —y sentenciando con esa última frase el futuro del médico, sin esperar una respuesta o queja, salió de la tienda seguido por el clavero mayor.

Los musulmanes se quedaron solos y en silencio. Fue Mukhtar el que empezó a exigir respuestas ante lo que acababa de oír:

—¿Acompañarles a León? —preguntó incrédulo. La información había sido tan rápida que no había tenido tiempo para asimilarla—. ¿Es eso lo que ha dicho?

Su tío cerró los ojos y se mantuvo en silencio.

—Tío Abdul..., ¿me llevan a León? ¿Para esto nos han llamado? —preguntó mirándole asustado.— ¿Qué está pasando? ¿Por qué?

El viejo abrió los ojos y miró fijamente a su sobrino. Puso sus manos en sus hombros y los dos mantuvieron la mirada sin decir nada. Fue la confirmación para Mukhtar de lo que acababa de oír: esos caballeros se lo llevaban al reino de León. Esperaba que dijera algo, que él también le acompañaría, que irían los dos hacia el norte. Pero pasaba el tiempo y Abdul no decía nada. La mirada de Mukhtar empezó a mostrarse débil. A medida que interiorizaba la situación a la que debía enfrentarse, la fragilidad de sus ojos contagió al resto de su rostro el abatimiento que el futuro incierto que le acababan de manifestar le producía.

Al ver que la expresión de su sobrino tornaba en desesperación, su tío Abdul pronunció las primeras palabras tras la confirmación de su nuevo destino:

—Allah'akbar. No, Mukhtar, no te entristezcas... Es una buena noticia.

El sobrino, abatido, ahora miraba a su tío desconcertado.

—No...

—Sí... Es una gran oportunidad, Mukhtar. No debemos verlo como el fin, sino como el principio.

—No, tío Abdul...

—Sí... Como te digo, Alá es grande. Podrás salir de aquí, dejar de construir fortalezas para los cristianos y aplicar todo el conocimiento que te he ensañado a lo largo de estos años. El Altísimo nos brinda esta oportunidad.

—Pero... si me voy... probablemente no vuelva a verte...

—Mírame... ya soy viejo y pronto partiré para la Yanna... no me queda mucho tiempo aquí en este mundo... —Abdul abrazó a su sobrino. Él correspondió al abrazo con fuerza, como si no quisiera separarse de él, y empezó a sollozar. Abdul intentó disimular su pena hablando—. Debes ir con esos calatravos. Aquí solo somos prisioneros que gracias a nuestros conocimientos médicos gozamos de una posición algo especial pero... no dejamos de ser prisioneros. Tú eres un gran médico... Escúchame, tienes una oportunidad: puedes salir de aquí y quizá puedas seguir investigando sobre todo lo que te he ido enseñando...; podrás averiguar los secretos que todavía están ocultos... pero que tenemos que descubrir... porque sabemos que están ahí y los necesitamos... Está en tu mano, Mukhtar... Debes hacerlo por nosotros y por Alá... Yo seguiré sirviendo a los cristianos, pero tu futuro va a ser diferente, quizá... —y Abdul, tras respirar profundamente, endureció su mirada cuando le gritó—: ¡es tu destino!

El joven miró a su tío. Siempre habían estado juntos y ahora sus vidas se separaban. Habían luchado en la batalla de Alarcos en 1195 frente a los cristianos logrando con la victoria un gran avance territorial para los almohades. Allí Mukhtar había destacado como guerrero, pero también las colaboraciones que había hecho con su tío ante diferentes heridas, infecciones o amputaciones le habían ido proporcionando una fama parecida a la de Abdul. Este era un *hakím*: un médico filósofo que a través de la medicina también buscaba la sabiduría. Había dedicado su vida a estudiar el Corán y la investigación médica. Conocía todo tipo de plantas medicinales, preparaba brebajes, mejunjes y pócimas y practicaba curaciones exitosas. Todo su saber se lo había transmitido a su sobrino y este, desde muy joven, había dado muestras de tener un don para la medicina, el mismo que también tenía él. Habían caído prisioneros en la batalla de las Navas de Tolosa y el destino les había llevado a Calatrava. Siempre juntos, ahora parecía que sus caminos se bifurcaban después de toda la vida unidos.

—Ha llegado el momento... tu momento. El Grandísimo te muestra tu *kismet*; es tu destino y debes ir hacia él. Yo te he enseñado todo lo que sé, todos mis conocimientos..., he cuidado de ti y te he formado según las exigencias de nuestra fe. Estás preparado para volar solo. Mi tiempo se acaba y creo que eres tú el elegido que debe continuar el camino.

Estas palabras no conseguían recuperar la tranquilidad de Mukhtar. Él seguía desolado y su tío decidió utilizar un tono más cariñoso para animarle.

—Cuando quedaste huérfano y te adopté, me llamó la atención el nombre que tus padres habían elegido para ti: Mukhtar, *el Escogido*... Conforme crecías,

comprobé que tu nombre no había sido decidido al azar: tus padres sabían lo que hacían cuando lo eligieron; debieron ver en ti algo especial. A lo largo de todos estos años, he comprobado que era así: la forma en que escuchabas cuando te hablaba de las enfermedades, tu vista para diferenciar plantas, las manos alargadas palpando partes del cuerpo humano..., tu interés por la medicina, tu deseo por averiguar remedios, aprender los componentes de las pócimas... Poco a poco comprobaba que tenías un don para la ciencia y así tuve claro que debías saber todo lo que yo podía enseñarte porque sé que tú continuarías trabajando e investigando y... ¡quién sabe...!

—No... no podré hacerlo sin ti —dijo mientras se secaba las lágrimas que ya no aguantaban en sus ojos.

—Tranquilo. Estás preparado... Has sido bien educado y sabes cuál es tu misión. Mukhtar, has sido *el Escogido*, recuerda. Eres tú y acaba de aparecer ante ti la puerta abierta al camino que nos han fijado desde muchos siglos antes... Tienes que ir. Mi trabajo contigo termina aquí, sabes todo lo que yo sé..., ahora seguirás tú solo el trayecto, lo harás bien.

—Pero tío Abdul...

—¡Piensa en las palabras que acabas de pronunciar! —le interrumpió—. ¡Fíjate en mi nombre, en lo que significa! ¡*El siervo del sabio que pone cada cosa en su lugar!* ¿No te das cuenta? He sido el fiel siervo de Alá..., me encomendó enseñarte, formarte, educarte... ¡Era mi destino! y ahora tú vas a ser la culminación de mi obra. El camino que hace muchos siglos empezaron los grandes maestros conmigo ahora lo continuarás tú. Ahora dependemos de ti..., ¡todos dependemos de ti...! ¡Es tu destino!

La angustia no desaparecía. Las lágrimas salían sin cesar y él escondía su rostro intentando no mirar a su tío, pero este notaba su desesperación y tenía que calmar a su sobrino. Debía transformar el temor que sentía en determinación y firmeza.

—Mukhtar..., estás más que preparado. Han sido muchos años aprendiendo... Ve hacia esas tierras de León, estudia y trabaja... Todo vendrá como recompensa a lo realizado. Debes luchar por encontrar la sabiduría, lo tienes que hacer. Alá te lo exige.

Abdul abrazó de nuevo a su sobrino. Mukhtar dejó de sollozar. Se secó las lágrimas y miró a su tío.

—Ve y continúa lo que ya se inició. Otros nos precedieron antes: Al Razi, Avicena, Abulcasis... Los maestros médicos que con sus tratados nos han enseñado todo y Al Azraq... ¿Qué espera de ti? —la penetrante mirada de su tío le hizo recomponerse—. No debes fallar. Ahora es tu destino.

Mukhtar comenzaba a tranquilizarse con las palabras de su tío y templaba su miedo ante el futuro que se avecinaba. Abdul vio que los ojos de Mukhtar ya no mostraban la inseguridad de antes, ahora veía la tristeza porque sabía que, probablemente, aquel viaje supondría que nunca más volverían a estar juntos.

—A veces nuestro destino, fijado por Alá, implica un daño que hay que sufrir para poder obtener mejores beneficios. No hay lucha sin herida... Te lo digo, Mukhtar, empieza tu misión. Cúmplela.

Varios días después, los caballeros preparaban sus monturas para la inminente salida de Calatrava la Nueva. Todo lo que habían visto allí les había agrado en todos los aspectos. La cesión de la ciudad de Alcántara a la Orden de San Julián podía hacerse siguiendo el ejemplo de orden y organización hecha en Calatrava. El grupo estaba al pie de la fortaleza con el clavero mayor dándoles los últimos consejos para un mejor trayecto. Los musulmanes que trabajaban en ella no dejaban de mirar a Abdul y a su sobrino. Ya se habían enterado de que Mukhtar dejaba Calatrava para ir a sanar a los cristianos en León. A pesar de que la noticia había indignado a muchos de sus compañeros, ahora observaban resignados los preparativos para el viaje sin poder hacer nada por evitarlo. Mukhtar era un hombre muy querido entre ellos. Siempre a la sombra de su tío, había ido configurando su forma de ser y actuar siguiendo las indicaciones y formas del *bakím*, de manera que ya era tan valorado y respetado como él. Ahora asistían desolados a su salida mientras continuaban colocando piedras en los muros de la fortaleza.

En ese momento Juan estaba ajustando las riendas a su caballo, desatendiendo las explicaciones del clavero, cuando algo llamó su atención: los dos musulmanes hablaban con elevada voz cerca de él. También ajustaban las monturas de un mulo que debía transportar otros enseres en los serones. No podían acoplar bien la cantidad de recipientes, plantas, pieles... que pretendían llevarse a León y discutían. Alvar y Juan habían mostrado sus quejas ante todas las cosas que decían debían transportar. Abdul comentó que eran imprescindibles para que Mukhtar pudiera ejercer su trabajo y que, al tratarse León de un lugar mucho más húmedo que Calatrava, cabía la posibilidad de que no encontrara algunas de las plantas que abundaban por aquí y que en aquellas tierras podrían no cultivarse. Esta excusa no convenció a Juan: veía que la carga que llevaba el mulo suponía una incomodidad que retardaría el viaje, pero Alvar estaba deseando partir y cedió ante los musulmanes. Juan dejó su montura y se fijó en ellos. Discutían sobre todo por el orden en que querían colocar unas pieles enrolladas a las que Abdul parecía dar mucha importancia. Juan no entendía lo

que decían, pero daba la sensación de que uno se quejaba y el otro intentaba calmarle. Poco después, Mukhtar y su tío Abdul dejaron apartado el borrico y los bártulos y lo que hacían ahora era despedirse... para siempre. El primero estaba abatido; el segundo, mucho más calmado. Este último murmuraba palabras ininteligibles para Juan pero con las que parecía intentar aplacar y consolar al musulmán más joven. Mirando la particular conversación que se desarrollaba frente a él, intentaba descifrar, sin conseguirlo, lo que decían. «¡Ojalá estuviera Alvar escuchando... Con sus conocimientos de la lengua árabe sabría qué están diciendo!», pensó. Empezó a atender a las expresiones faciales, los gestos, los movimientos de los brazos..., todo, para averiguar qué pasaba entre ellos pero, al desconocer su idioma, solo pudo intuir que se estaban despidiendo y que eso les producía a ambos un gran dolor.

Enfrascado en el desarrollo de la conversación, el caballo de Juan hizo un extraño y este volvió a dedicarse a su montura dejando de mirar a esos hombres. Acarició el cuello del animal para calmarlo y cuando se disponía a poner un pie en el estribo, escuchó una frase en árabe que Abdul pronunció en un tono mucho más elevado de lo normal, con cierto aire imperativo y déspota. El grito volvió a hacer que prestara otra vez atención a los musulmanes y sorprendido vio como Abdul zarandeaba a su sobrino.

—Empieza tu misión. ¡Cúmplela! Es tu destino.

Tras esas palabras el silencio rodeó a los hombres. El estribo del caballo quedó intacto y Juan, escondiendo su presencia tras el lomo del animal, esperó algún tipo de desenlace.

Mukhtar había cerrado los ojos y bajaba su rostro hacia al suelo. Las lágrimas comenzaban a brotar, pero intentó controlar toda su emoción. El aire cálido que invadía la zona, el suelo seco bajo sus pies y los momentos previos a una distancia definitiva, a la separación de todo lo que había conocido hasta entonces, hacían que el ambiente que les rodeaba pareciera el Averno. Le costaba respirar: la tristeza, los sollozos... Intentó sobreponerse, levantó la mirada y comprobó sorprendido que estaba solo. Miró a derecha e izquierda, pero no volvió a verle. Abdul había desaparecido. Ni siquiera Juan, que contemplaba la escena semiescondido detrás de su caballo, se había dado cuenta cómo uno de los interlocutores se había evaporado. Él también miró hacia todos lados intentando buscar al moro, pero no lo vio.

Mukhtar comprendió que aquello era el final: no volvería a ver a su tío. Sabía que esas habían sido las últimas palabras que había intercalado con él. Las lágrimas salieron de sus ojos y comenzó a llorar. Juan le veía y pensó en acercarse a él, pero luego desechó ese pensamiento. Continuó observándolo escondido tras el caballo.

Mukhtar terminó de acoplar los enseres y esperó a que Alvar diera la orden para la salida. Recordó las últimas palabras de su tío y decidió guardarlas en su memoria. «Empieza tu misión. Cúmplela. Es tu destino», «Empieza tu misión...». Repitió la frase una y otra vez hasta que consideró había quedado bien grabada en su cerebro y se prometió a sí mismo no decepcionar a su tío y luchar por todo lo que le había enseñado a lo largo de su vida. Buscaría la sabiduría, esa de la que su tío tanto le habló y que tanto podría proporcionar a la humanidad. Se arrepintió de no haber frenado sus lágrimas ante su tío, lo único que había logrado con ellas había sido preocuparle y mostrar su debilidad. Empezaba su camino en solitario. Debía esforzarse en hacerlo bien.

Juan había comenzado a cepillar el lomo de su caballo mientras pensaba en la última frase que casi había gritado aquel *hakím*. «¿Qué habría dicho aquel viejo? Pareciera que le hubiera dado la pauta letal, que las palabras pronunciadas hubieran causado un efecto total en el muchacho. ¿Qué demonios le habría dicho? ¿Sería un conjuro?». Trató de volver a pronunciarlas tal y como le había parecido que habían sonado. No sabía a qué se podrían referir, pero le habían parecido una fórmula mágica. El musulmán y el cristiano estaban al mismo tiempo y a poca distancia repitiendo mentalmente la misma frase sin ser conscientes de ello. El primero quería interiorizarla; el segundo recordarla. Un nuevo movimiento de su caballo le hizo volver a la realidad. Continuó preparando su montura mientras intentaba repetir la frase que había oído. Un escalofrío recorrió su cuerpo y el caballo notó su nerviosismo. Acarició al animal para calmar su tensión y miró a Mukhtar, que ahora parecía más tranquilo y continuaba, ajeno a la curiosidad de Juan, esperando para la salida.

A mediodía, los caballeros abandonaron Calatrava la Nueva con el nuevo acompañante. Conforme salieron, algunos de los musulmanes que trabajaban en la empalizada comenzaron a levantar sus brazos; era la forma que tenían para despedirse de Mukhtar, al que no volverían a ver más. Él no quiso mirar ni despedirse. Sentía el corazón roto por la separación de su tío y de los que habían sido sus compañeros de batalla y trabajo.

Abdul se había escabullido para no eternizar la despedida de su sobrino y se había alejado del campamento. Él no tenía muchos problemas para moverse por allí, de hecho se le permitía ir a recolectar plantas y hierbas por los alrededores, así que podía pasar desapercibido entre los cristianos que vigilaban las construcciones. Llegó a unos arbustos formados por jara pegajosa y se escondió entre ellos. Ya lo había hecho más veces, cuando quería retirarse a meditar u orar, de forma que el conjunto de arbustos había formado un hueco acomodado a sus medidas. Se arrodilló e inclinó su espalda hacia delante, mirando hacia

el este. Estuvo un buen rato rezando. Cuando terminó, tocó su inseparable anillo. Era un anillo de cobre con una piedra encima sin valor alguno, que escondía un pequeño hueco donde guardaba minúsculas semillas de ricino. Levantó la piedra y miró al cielo. Sonrió y recordó cómo su hermano le había pedido que se hiciera cargo de su hijo mientras él iba a luchar contra los cristianos; recordó el momento en que le dieron la triste noticia de su muerte y la promesa que se hizo a sí mismo de convertir a su sobrino, que había quedado solo e indefenso en el mundo, en un gran hombre para que llegara a hacer grandes cosas... «¡No! ¡Grandiosas!», había llegado a pensar. Abdul había tomado la educación de su sobrino como venganza particular contra los cristianos. Y lo había logrado: Mukhtar había sido un joven bueno con ganas de aprender, amante y lector del Corán; curtido en batallas y en los tratamientos para las dolencias. Él ya había cumplido su parte, su destino terminaba ahí, ahora le tocaba a ese gran hombre que había ido modelando desde pequeño continuar lo empezado. Todavía quedaban importantes descubrimientos que hacer, Mukhtar lo sabía y había sido adocinado para buscarlos y encontrarlos. Estaba orgulloso de lo que había hecho. Miró su anillo abierto y se lo llevó a la boca con un movimiento brusco para evitar pensar en lo que se disponía a hacer. El sabor desagradable y la incomodidad al morder las semillas le provocaron repugnancia. Ya estaba hecho. Las potentes toxinas que guardaban en su interior las semillas de ricino empezaban a hacer su efecto en el cuerpo de Abdul. Sabía que únicamente le quedaría un par de horas de vida.

Mukhtar miró hacia atrás, hacia lo que había sido su vida desde hacía unos años. Recordó otra vez las últimas palabras de su tío: «Empieza tu misión. Cúmplela...». Después volvió a mirar hacia delante pensando en todo lo que se le presentaba: «Un nuevo reino, cristianos...». Nunca se había separado de su tío ¿Cómo lo iba a hacer? ¿Podría hacerlo solo? «Es tu destino», había dicho Abdul. Quizá debía ser así..., quizá había llegado el momento en el que sus caminos debieran separarse..., quizá allí podía estudiar nuevas fórmulas, nuevas plantas..., continuar los estudios que su tío inició y le transmitió, buscar la sabiduría... Quizá su futuro inmediato estaba en León porque Alá quería que su destino estuviera allí. Para un musulmán como él, el destino era el poder trascendente que fijaba los próximos acontecimientos de su vida. La creencia en el destino es la fe en el conocimiento de Alá sobre todas las cosas antes de que estas sucedan y, si Alá había decidido que había llegado el momento de volar solo, sería porque Él sabría que tenía fuerzas para hacerlo. Poco a poco fue cambiando la perspectiva con la que había iniciado el viaje y un poso de esperanza se instaló en su mente.